

Estos Cuentos andan sueltos

Carlos Debandi

Espacio Cultural El Sitio
Paravachasca - Marzo 2019.

Flor de sonrisa

Andrés, se llama. Tiene 32 años. Pelo castaño, Piel a tono.
Pero lo importante es su boca. Tiene dentadura perfecta y una sonrisa excepcional.
Lograda mediante horas y horas de práctica frente a espejos y vidrieras.
Todo el día practica y perfecciona su sonrisa.
Sabe que ese es su negocio.
Por eso sus amigos lo llaman “flor de sonrisa”.

Los diseñadores de imagen de políticos y artistas de la farándula pagan por su sonrisa, la cual cortan y pegan en afiches y fotos publicables.
Con mucho esfuerzo logró que su boca sonriente acompañe la lectura de un texto en cortos videos, reemplazando la boca del personaje. Lograr esto es laborioso, pero el precio lo justifica.
Con su práctica ha logrado desarrollar varias sonrisas diferentes, todas estupendas. Con ellas ha elaborado un catálogo que permite a los diseñadores adecuarlas a diferentes rostros.

Un verdadero emprendedor, “flor de sonrisa” está ahora practicando miradas. Le han explicado que eso es decisivo para acompañar a las sonrisas. Miradas suaves. Miradas firmes. Miradas tolerantes. Los diseñadores ajustan sin problema el tamaño y color de sus ojos.

Flor de sonrisa espera impaciente el nuevo año electoral. Todo parece indicar que habrá decenas de postulantes.
Su sonrisa y su mirada le darán una fortuna.
Además, ha surgido la posibilidad de exportarlas, políticos, artistas, modelos y deportistas, han mostrado su interés.

A éste, la vida le sonrío, piensan sus amigos.

El nuevo amor

De dónde salió ese jovencito rubio, bellos de rostro, púber de cuerpo, con su arco y sus flechas?
Nadie lo sabe en Paravachasca.
Alguien dijo: que es Cupido.
Y así decidieron llamarlo.
Yo lo conocí un día que se acercó a mi cerco. Le dije entonces: a mí no me dispares, no gastes flechas conmigo, ya estoy viejo para amores.

- Está bien, no te dispararé, pero eso que dices es una tontería, confundes amor con sexo, o con pasión, es más, lo limitas a una pareja humana....acaso no amas a tus

- perros? No amas a las acacias que te dan su sombra sin preguntarte tu nombre? No amas a tus hijas? A tus amigos?
- Si, si, tienes razón, pero en la leyenda tú te dedicas a ensartar parejas... y muchas veces con resultados no del todo buenos...debes reconocerlo.
 - Eso es en la literatura, donde han generalizado mis acciones... pero en la realidad mis flechazos fueron pocos y acertados...fui el que provocó los amores más famosos, aunque hayan tenido finales poco felices...
 - Es decir, tu puedes provocar el comienzo de un amor pero no puedes resolver el final?
 - Es que allí hay otro problema...el tiempo. No puedo hacer durar los amores, primero se termina el tiempo... lamentablemente no pueden existir los amores eternos, entonces hay que dotarlos de un final...y es medio triste que ese final se produzca cuando ya son muy viejos...o que termine porque se muere uno primero... no, yo les doy un final antes de que se degraden...piensa, por ejemplo, una pareja en la cual uno tiene alzheimer y se olvida del otro...es muy triste.
 - Pero cómo logras hacer esas cosas? Digo, generar el comienzo de un amor y producir su final?
 - El comienzo lo logro con una flecha de ámbar. Son flechas transparentes, no se ven ni se sienten, pero se clavan en el centro mismo de las atracciones...
 - Y como produces el final?
 - Con las mismas flechas, pero les pongo un poco de curare en la punta...
 - Los matas?
 - No, no, es una dosis menor, solo los distrae... se confunden en las conversaciones... a veces miran a otros, ...y se inician pequeños conflictos. Con eso basta, el desencuentro crece solo a partir de allí.
 - Eres un poco cruel, yo te imaginaba generoso, romántico...
 - Y dale nomás con la literatura... los medios dicen cualquier cosa de cualquiera...una vez, en un conocido medio me dibujaron con smoking... para representarme en una fiesta... son terribles.
 - Y que haces ahora por aquí?
 - Estoy experimentando con nuevas flechas, de poliéster...estas no diferencian géneros, son especiales para adaptarse a las relaciones igualitarias, homosexuales, bisexuales, mixtas, en fin, todas las variantes...así que al que veo pasar le tiro un flechazo...ya clavé a varios, estoy esperando los resultados...
 - Mmmm...esto será un despelote...
 - No te creas, todavía hay muchos prejuicios, las cosas sucederán entre bambalinas, como se dice... bueno, debo irme...se vienen nuevos tiempos, Charly, tendrás muchos temas divertidos para tus historias y cuentos.
 - Chau Cupido.
 - No me digas Cupido, llámame Ana.

El último pensamiento de John Wayne

Poco antes de morir John Wayne no pudo evitar hacer un repaso de su vida.

¡¡Dios mío!! ¿Cuántos tipos maté?. ¿Cuántos cuatreros cayeron bajo mis balas?. ¿Cuántos siux rodaron de sus caballos ante mi certero winchester? ¿Cuántos alemanes ametrallados? ¿Cuántos japoneses derribé desde mi avión vestido de tigre?

Demasiados muertos y pocos amores en aquellos tiempos.
Hace años envolví mis colts en papel encerado y los guardé en un escondrijo del aljibe.
Por las dudas. Uno nunca sabe. Un buen Republicano, nunca confía.

Me lavé la cara, sacudí mi ropa, me saqué de encima todo ese polvo acumulado en los interminables galopes alcanzando diligencias o escapando de la indiada.
¡¡¡Qué vida!!! ¿Seré comprendido por las nuevas generaciones?

¿O me verán como un ícono de la violencia?

A la hora de la siesta

- Fue a la hora de la siesta. Una siesta muy cálida, seca. El aire no se movía, hasta los pájaros estaban quietos en la sombra de las ramas...el lugar era solitario... a la orilla de un arroyo...ella avanzaba hacia mi...venía sola...era una verdadera reina... espectacular...tenía cintura de avispa...mirada penetrante...se contorneaba con un balanceo suave...
- No me lo digas...tu eres un tipo suertudo... ¿qué pasó?
- Ella se acercó más y más...hasta podía sentir el aire que desplazaba su avance...
- ¡¡Bastaaa...loco!!... cuéntame...
- Ella se me acercó silenciosamente... comencé a transpirar...sabía que el calor sería cómplice... se apoyó en mi brazo..
- Y? Sigue, sigue...
- Lo que sigue no es bueno...
- ¿Qué sucedió?
- Me picó nomás. Era una reina, una avispa reina. De las peores.

El negro Rafael

El negro Rafael llevaba décadas cultivando pimientos rojos en praderas ganadas a la selva, en las proximidades de Bahía.

Había logrado ese campo con el reparto de tierras que hubo cuando finalizó la era de los coroneles.

Ya por ese entonces habían decaído los negocios del caucho y del cacao.

El pimiento rojo do Brasil ya estaba presente en los exigentes mercados europeos.
Rafael estaba más que satisfecho. Su esposa, profesora de música. Sus tres hijos, dos varones y una hembra llevan avanzados sus estudios en la universidad. El mayor estudia agronomía, no le falta mucho para recibirse.

A Rafael le gusta recorrer, en el frescor de la mañana, sus plantaciones de pimientos rojos. Rojos como las ideas, como la vida, piensa, y sonrío.

Le dice a sus amigos: vivimos el tiempo de los pimientos rojos.

El clima tropical permite tres o cuatro cosechas anuales. Tenemos un buen negocio – dice siempre Rafael.

Mientras recorre los surcos mira la esbeltez de las plantas y el colorido rojo intenso de los frutos.

Pero esa mañana se sorprendió al comprobar una extraña aparición en medio de sus cultivos. Parecían espárragos que brotaban. Llamó a Toquinho, el capataz, con firmeza le preguntó:

- Dime Toquinho, ¿tú has sembrado espárragos aquí?

- No Señor, le juro por la virgen negra de Bahía que no he sembrado nada.

Rafael se agachó y extrajo, con alguna dificultad, varios plantines invasores.

- Se los mandaré a mi hijo, él sabrá qué es esto.

- Toquinho, elige una zona y aplica el herbicida a ver que les sucede a estos brotes misteriosos.

Llamo a su hijo, le contó la novedad. Mañana te mando a primera hora las muestras que extraje. Trata de saber que son y de donde pueden haber salido. Algo me dice que pueden representar un peligro.

Pasó el día intranquilo, era consciente de lo difícil que es mantener el equilibrio en estas regiones. Costó mucho vencer a la selva.

“Te descuidas tan solo una semana y la selva vuelve a ocupar su territorio.” Suele decir a sus amigos de la ciudad, que no terminan de entender por qué se queda siempre en el campo.

Durante la noche tuvo sueños imprecisos y abrumadores.

Por la mañana apareció Toquinho con mala cara.

- Qué sucede, Toquinho?

- Esas plantas están por todas partes. El herbicida no les hace nada y crecen con mucha velocidad. Algunas ya han sobrepasado en altura a los pimientos, quitándoles el sol...he mandado a los muchachos a limpiar todo el cultivo.

- ¡Que los parió!...veremos qué dice mi hijo, ya le deben estar llegando las muestras.

A última hora de la tarde llegaron las noticias de su hijo:

- Se trata de *bolsonarus paranaensis*, una especie exótica, traída –según dicen- por los evangelistas, hace muchos años.

Se propagan por semillas que vuelan llevadas por el viento. En los lugares donde se han reproducido cuesta mucho combatirlas, porque tienen una genética extraña.

- ¡¡Me cago, me recontragó en los bolsonaros, y en los evangelistas!! es lo que nos faltaba... ya teníamos el precio de los pimientos amenazados por la competencia, y ahora la aparición de esta desgracia.... Solo falta que vuelvan los coroneles y nos quiten las tierras...

- Ni lo mencione Patrón...en el pueblo ya hay rumores...

- ¿Qué es lo que se dice?

- Que el país volverá a lo tradicional: caña, cacao, caucho, madera,...los bolivianos parece que están regresando para el lado de Santa Cruz, dicen que cultivarán los pimientos rojos allá....dicen que Evo les prometió una barrera fitosanitaria en la frontera para que no puedan invadir los bolsonaros...
- Mierda....me lo imagino...esto será el fin de Brasil...¿qué haremos Toquinho?
- En una de esas nos salvamos Patrón...dicen que se viene un programa del gobierno para fomentar la exportación de bolsonaros....parece que hay varios países europeos interesados... parece que su consumo reduce la homosexualidad, el nudismo y el sexo precoz...
- Dime Toquinho, ¿qué haremos con las plantaciones de marihuana que pensábamos iniciar?
- Mejor esperar que aclare, Patrón, nunca se sabe...
- Me parece que debemos llevarlas a ese campo que compré en Uruguay.
- No se confie Patrón, los uruguayos, como los argentinos viven cambiando de ideas y proyectos, son poco confiables.
- Es cierto, estamos jodidos.

La hierba del sueño

El vendedor de yuyos serranos ofrecía la hierba del sueño.

- ¿Qué es eso? – preguntó Javier, un turista curioso que andaba por las sierras.
- Es una mezcla de yuyos; Ud. se toma un tecito a la noche y sueña con el pasado.
- ¿Con el pasado? Lo probaré – dijo Javier – dame una bolsita.

Por la noche, antes de acostarse, curioso, preparó su tecito. Su sabor era algo amargo, pero tolerable. Bebió prudentemente una cantidad limitada y se fue a dormir.

Por la mañana despertó con la certeza de haberse soñado en tiempos de la escuela. Todavía flotaban en su nueva memoria, rostros y nombres olvidados de aquellos tiempos. También supo que soñó con los personajes de su pasado pero viviendo situaciones nuevas, como si sucedieran en el presente, pero con las edades de aquellos tiempos. Se sintió gratamente sorprendido.

Fue decidido a buscar al vendedor de hierbas serranas, lo encontró en el mismo sitio.

- Quiero cuatro o cinco bolsitas más de la hierba del sueño.
- Tengo aquí solo dos, pero le puedo preparar algunas más para mañana.
- Prepárame seis, quiero llevarlas cuando regrese a mi casa.

A partir de entonces Javier tuvo en sus noches una nueva vida. Sus sueños eran como un teatro en el cual actuaban viejos y conocidos personajes que reproducían situaciones nuevas, algunas, incluso, ligadas con temas del presente. Por ejemplo, antiguas novias lo visitaban en su trabajo; una maestra que había apreciado, le ayudaba ahora a mejorar su ortografía; con un amigo compinche recorrían ahora, jóvenes ambos, los rincones de la noche. Su vieja casa aparecía igual que en la vieja foto que conservaba. Sus padres le hablaban cosas del presente, pero con la calma de antaño. Su fiel perro, que tuvo en la infancia dormía a su lado. Las vivencias no seguían un orden temporal, una noche

estaba en plena infancia, y la siguiente se veía recorriendo la adolescencia, pero siempre instaladas en el escenario del presente.

- Esto es perfecto – se dijo – mientras aumentaba la dosis de la increíble hierba.

Su vida había cambiado por completo. Despertaba contento. Los recuerdos del sueño iban surgiendo a lo largo de la mañana. Con gusto los repasaba una y más veces. Los que lo rodeaban notaban el cambio. Se lo veía, feliz, tranquilo, aunque algo distraído. Muchas veces había que repetirle las cosas porque parecía no escuchar. Como que estaba en otro lugar. Pero no parecía grave su cambio, todo lo contrario.

La densidad de los sueños aumentó a medida que aumentaba la proporción de la hierba en el infaltable tecito nocturno.

- Una hermosa noche se reencontró con un amor que había sido un imposible en el pasado. Ella se llamaba Julia.

Estaban ambos en una fiesta que realmente había sucedido aquella vez. Pero ahora Julia estaba con él. Se miraban con ternura. Sintió su beso segundos antes de despertarse. Esa mañana pensó que la hierba tenía otro poder: corregía el pasado, ponía justicia en sus recuerdos. Julia jugaba ahora otro papel en su vida. Ya no era un recuerdo triste. Se había convertido en una realidad feliz, apasionante.

Las reuniones con los viejos amigos se repetían noche a noche.

Su cuerpo también se comportaba como antes; soñaba partidos de fútbol, viajes de pesca, excursiones, siempre con ellos, con los mismos de antes.

Definitivamente, se sentía una persona nueva. Dueña por fin de su pasado.

Una mañana, preocupado, comprobó que solo le quedaba media bolsita de la hierba.

Lo invadió la desolación. Resolvió viajar durante el fin de semana al pueblito serrano. Compraría más hierba del sueño. Incluso le ofrecería una buena suma por la fórmula de la mezcla. Ya no podría vivir sin ella. Se sentía un adicto.

Y así lo hizo.

Llegó por la mañana al pueblito serrano y fue directo a la plaza donde había encontrado, aquélla vez, al yuyero. No estaba.

Preguntó por él al vendedor de diarios y revistas, que tenía allí cerca su quisco.

- ¿Don Pedro? Murió hace un mes.

Retornó desahuciado a su casa. Sentía que su vida regresaría al desencuentro.

La última ración de hierba la sintió como una despedida. Cerró sus ojos cuando bebió su último tecito nocturno. Y se acostó a disfrutar lo que quizá fuera su último sueño.

En su sueño apareció Don Pedro, el yuyero, quién con una sonrisa le dijo: “no se preocupe, amigo Javier, Ud. no necesita más la hierba, ya aprendió a soñar”.

Desde entonces, libre de adicciones, sus noches continuaron pobladas de sueños donde ellos y ellas, sus amigos y amantes del pasado, lo acompañaban en el presente.

Su perro fiel lo acompaña. Y su casa actual, todas las noches se viste como su vieja casa.

- Ahora, mi vida vale por dos – se dijo – y se fue contento al trabajo.

Las visiones del Che

Estaba casi solo, lo acompañaban en ese momento tres silenciosos compañeros. La noche era húmeda y pesada. Fumaba uno de sus últimos habanos. Sabía que no le quedaban muchas horas de vida. Sus ilusiones cedían frente a las certezas.

Calmos y en silencio, así eran para él los grandes momentos de la vida.

Recordaba aquella bicicleta que usaba en las calles de Alta Gracia.

La moto, que lo llevaría por países cercanos, tan diferentes a medida que los conocía.

Recordaba las selvas y montañas cubanas, aquel día que se acercaron por el monte a los alrededores de Santiago, tratando de divisar si llegaba el famoso barco con las armas prometidas. Sonrió, “casi nos metimos por error en un campamento de Batista”, les dijo a los compañeros bolivianos que no entendían mucho lo que murmuraba.

Su rostro transpiraba, la maldita humedad, selvas parecidas pero diferentes, allá, en Sierra Maestra, por las noches soplaba la brisa infaltable del mar, se llevaba la plaga, aquí los mosquitos parecen águilas ”solo a mi me pican” decía...porque eres blanco le respondía José, cobrizo, piel curtida por los años de sol y sequedad en los altos del Potosí.

Las horas no pasaban, no se podía dormir en semejante humedad...quietos, silenciosos, oídos atentos cuando se escuchaban ruidos, podían ser los compañeros que esperaban, los refuerzos con las provisiones, podían ser también los enemigos, que ya andaban cerca, lo sabían.

Se vio dictando conferencias en la Universidad de México... se vio imponente en aquella frustrada reunión de la OEA, se vio junto a Fidel analizando la precaria economía que los obligaba a racionar...el pueblo lo entenderá, cualquier cosa antes que Batista, se escuchó diciendo en la mesa chica del Partido.

Aspiró el humo del habano y lo lanzó a la nube de mosquitos que volaba a su alrededor, los vio alejarse... es como una metralleta pensó divertido...pero ni bien pasaba el humo los malditos volvían a la carga...nos faltan municiones, dijo. Si, respondió José, y lubricante, con esta humedad las armas se traban.

Trata de dormir un poco, le dijo Andrés, mañana tendremos una marcha larga, debemos cruzar aquel monte, dijo, señalando una sombra casi invisible por la niebla.

Si, pensó el Che, debo dormir, terminar con estos recuerdos, nos queda poco tiempo.

Una historia extraña.

Un niño se aproximó a mi cerco y preguntó:

- ¿Te llamas Charly?
- Así es, ¿qué quieres?
- ¿Eres escritor?
- No, todavía soy un escriba, al escritor lo ando persiguiendo desde abajo.

- ¿Me puedes escribir un cuento?

Había una vez un viejo carpintero que construyó un muñeco de madera, articulado....

- Eso me suena a plagio....¿te estás copiando Pinocho?
- Ah, ¿lo leíste?
- Sí.
- Pero lo que seguramente no sabes es que Pinocho me visitó, hace un tiempo, y estuvo en este mismo cerco, como tú.
- ¿Y que te dijo?
- Me dijo que vendría un niño a pedirme un cuento...
- Eres un tramposo Charly, eso es el cuento de la buena pipa...
- Ah ,¿también lo sabes?
- Claro, son cuentos viejos, me los contaba mi abuelo, ¿no tienes nada nuevo?
- Veamos...¿ conoces a la chica que perdió un zapato?
- ¿Cenicienta?
- No, una chica que vive por aquí, a la vuelta de la esquina. Perdió un zapato, lo encontraron mis perros, y como yo no sabía de quien era, lo colgué de este cerco para ver si la propietaria venía a buscarlo...
- ¿Y vino?
- Esperé muchos días...el zapato siempre estaba allí, colgado. Pero una noche sentí como una brisa que producía música. Me asomé, miré hacia el cerco y allí estaba...era una chica hermosa, brillante, que abrazaba su zapato, su rostro y su pelo oscuro estaban poblados de estrellitas de colores, como reflejos de felicidad... mis perros, que generalmente son ladrones, estaban sentados en silencio, mirándola, embelesados.
- ¿Y tú qué hiciste, que pasó?
- Nada, yo me quedé en silencio, en las penumbras de la galería, ella no me veía, solo hablaba con mis perros, se estiraba y los acariciaba... ellos se emocionaban y disfrutaban de ese cariño inesperado...
- ¿Y qué sucedió?
- Ella colgó nuevamente el zapato en el cerco, y les dijo a los perros: ya vendrá algún día, un hermoso príncipe, a buscarlo... y se alejó lentamente, dejando detrás de ella una estela de estrellitas y un humo suave, con fragancia a belleza...
- Me jodiste Charly, me encajaste una Cenicienta trucha... pero de todos modos me gustó, fue lindo tu cuento...ahora me voy...
- ¿A dónde vas?
- A la carpintería, me tienen que reparar este brazo, no articula bien.
- Carajo, otra vez me engañó el maldito Pinocho...este cerco es muy tramposo.

Se armó la gorda

Enrique Elzorro, alias “la gorda” tomaba mate y leía las últimas noticias en la pantalla de su tableta. Levantó sus ojos y le dijo al “Zurdo Diestro”:

- Parece que quieren meternos plomo, sin muchas vueltas.
- No te preocupes, tenemos el doble de poder de fuego que ellos, y esperamos un nuevo envío, lo negociamos en el G20 paralelo.
- ¿Qué es eso Zurdo? ¿Por qué te agregan “Diestro”?
- Porque disparo con ambas manos, pero lo uso de apellido.
- Mientras los políticos se reunían en Puerto Salguero, nosotros nos reunimos en una islita del Tigre con los muchachos que nos venden la merca, aprovechamos que la naca estaba distraída con sus operativos....vino un asesor americano...
- ¿Un asesor? ¿Quién?
- Un viejo sheriff retirado, de Alabama...el tipo se las sabe a todas...vende un chip que deben portar los nacas que nos responden, para que no les disparemos a ellos....aparece un puntito verde en la mira de las nuevas pistolas fusiles y escopetas...
- ¿Cuántos nacas nos responden?
- En el conu, más o menos el 25%... en el interior, cerca del 30%... pero va en aumento a medida que aumentamos la “participa y te salvas”...
- ¿Y con los gendarmes y la prefectura, cómo andamos?
- Poco a poco...
- ¿Qué más compramos?
- Los lanza cohetes cortos, capaces de perforar una tanqueta, y los inhibidores electrónicos de patrulleros, que les paran los motores en las persecuciones...
- Muy bueno todo eso, y armas convencionales, ¿compramos?
- No hace falta, eso es “industria nacional”, se las compramos a las fuerzas de seguridad, y hacemos el doble juego....
- Muy bien, parece que tendremos país para rato...
- Si, “Gorda”, y para vos tenemos encargado un regalito...
- ¿Qué se trata?
- El año que viene Trump renovará La Bestia, ese monstruo blindado, la tenemos negociada en un palo verde, será tu auto...
- ¡¡Que los parió!! , se pasaron.... Gracias.

Amores pasajeros.

En tema de bicherío, a Ellos les gustan las mariposas.
 Las abejas son demasiado trabajadoras, deben ser cargosas.
 Las hormigas muy inquietas, de aquí para allá, de allá para aquí.
 Las arañas peligrosas. Las pulgas invisibles.

Si, las mariposas. Pese a que nunca se conforman con una flor. Y vuelan eligiendo y cambiando, silenciosamente.
 Pero son bellas, sensuales, delicadas. Coloridas.

Una vez – dijo mi amigo – me enredé con una mariposa que me revoloteaba alrededor, no pude evitarlo.
 Y cuál fue el problema? - le pregunté.
 Que me arrulló, me dejó sus gusanitos, y se fue. Me quedé muy triste, hasta que decenas de maripositas volaron a mí alrededor y me devolvieron los colores.

Un amor de verano.

Patricia. Bajita, menuda, pelo oscuro con flequillito sobre la frente, bello su rostro y apetecible su cuerpo.

Te gustan las chicas con cara de putita, me decía la siempre sarcástica mi madre.

Patricia pertenecía a una familia porteña tradicional, venida a menos, empobrecida, que defendía conservar la dignidad del pasado. Esto lo comprobé cuando la visité en Buenos Aires. Su casona familiar estaba en la calle Arenales, en la zona de Plaza Italia. Una bella casa del pasado, también venida a menos.

Patricia vivía allí, solo con su madre. Eso parecía ser toda su familia. No hice preguntas.

Sus amigos porteños pertenecían a la burguesía enriquecida. Sin cultura ni tradición, pero con plata.

Éramos magos para sorprender a las chicas con rincones serranos de novela. Rincones solitarios, Alejados de toda presencia secundaria.

En los Paredones, corriente abajo, dos o tres kilómetros más allá de hasta dónde llegaban los turistas más osados, había lagunas en el río donde podíamos bañarnos desnudos.

Un anticipo capillense de la laguna azul.

Siempre había un final del verano.

Vendrás a visitarme? Lo prometo.

Dos meses después nos encontramos en un bar frente a la Plaza Italia, en medio de un gentío. Lugar lleno de voces y personas apuradas.

Esta tarde te llevaré a un lugar lindo, donde vamos siempre.

Resultó ser una playita limpia sobre el río, en la zona de Vicente López. Agua turbia la Del Plata.

Playita muy poblada. Habría que caminar 500 km río arriba para poder bañarse desnudos. Le dije.

Ella se reía. Mañana a la noche tendremos una fiesta, conocerás a mis amigos. Ellos quieren conocerte.

A la noche siguiente nos encontramos. Ella estaba con varios amigos. Uno se llamaba Pancho, y tenía una rural Rambler. Nos subimos todos a ella. Éramos por lo menos siete arriba de la Rambler. Pancho tomó por la Avenida El Libertador y la puso a 160 km/h, esquivando autos para pasarlos y haciendo chirriar las gomas. Todo era risa y adrenalina. Patricia estaba asustada, me apretaba la mano. No me gusta la velocidad, me dijo en el oído: Y porqué vienes? Así es nuestra vida aquí. Pancho es un buen amigo.

Efectivamente, Pancho era un muy buen tipo. Y manejaba con maestría. Llegados a Retiro pegó la vuelta y retomó la Libertador, ahora hacia el norte, rumbo a Olivos, destino final.

- Dimos este paseo para mostrarles la ciudad....

- Qué lástima que no la vimos, dije. - La risa fue general.

La fiesta era en la casa del hijo de un médico. Los padres estaban de viaje. Mucha música a volumen alto y tragos. La luz apenas iluminaba. Había parejas por todos lados.

Varias sentadas en la escalera. Subamos al cerro le dije a Patricia y tomamos por la escalera. En el piso superior buscábamos un lugar privado dónde meternos. Entramos tanteando en una habitación oscura. Era el consultorio. En el centro estaba la camilla. Cerramos la puerta con una traba y supimos que esa camilla era lo único existente para representar un lecho nupcial

Que desastre!!! Qué lejos de aquella lagunita de Los Paredones. Todo lo que pudiera ser romántico estaba muerto. Seguramente algún desconocido paciente, había muerto sobre esa camilla.

Propuse que fuéramos a algún lugar solitario, a tomar un café. Bajamos esquivando parejas en la escalera, atrapamos a Juanjo y a su chica, y nos fuimos los cuatro, a recorrer calles oscuras de Olivos hasta encontrar – por fin – un barcito apropiado. Allí nos refugiamos. Allí terminarían los romances.

Dos días después fui a su casa, a despedirme. Estaba su madre. Una mujer seria y agradable. Parecía tener varios años más que los 52 que me había informado Patricia. Contó que trabajaba en una empresa. Todo lo que ganaba era para mantener y educar a su hija y sostener en pie esa vieja y patriarcal casa familiar que lentamente se degradaba.

Patricia me acompañó hasta la esquina donde yo tomaría el colectivo. Lloraba. Con ruido y todo. Me escaparía – me dijo – y me iría a vivir con vos a ese paraíso. Puedes venir, te espero. Mi madre se muere, dijo. Soy lo único que tiene. Te escribiré.

Llegaron algunas cartas. Se fueron espaciando. Nunca más nos vimos ni supe que fue de su vida.

La imaginé muchas veces al lado de Pancho, en la Rambler, a 160, esquivando autos en la Libertador.

Posiblemente haya logrado alcanzar alguna forma de felicidad urbana. Se lo merecía, era una linda chica. Sensible. Con una hermosa sonrisa.

Sueño con dragones

Anoche soñé con dragones pacíficos.

El sueño me llevó a situaciones de mi vida anterior, en una universidad.

Participaba de reuniones con directivos que me explicaban la nueva política de la institución.

En un momento, en una sala que visitábamos, debíamos arrimar unas sillas para conversar con estudiantes, dejé mi maletín en el suelo para poder trasladar mi silla, me alejé solo unos metros, pero cuando regresé el maletín ya no estaba.

Tenía allí algo de dinero y papeles. Por suerte las tarjetas y documentos los llevaba encima, no en el maletín.

Nadie supo ni vio nada. Tampoco nadie se preocupó demasiado. Sucede todos los días, dijo alguien.

El rector de la universidad, que nos guiaba también se desentendió del problema. Dijo: esto demuestra que estamos insertos en la realidad social.

Por suerte desperté del sueño recordando que ya no usaba maletín.

Y que tampoco me dedicaba a visitar universidades.

Pero me quedaron grabadas las imágenes de una universidad llena de juventud desentendida, no solidaria, y discursos oportunistas de sus directivos, orientados a los intereses de la institución, no a los de la sociedad.

Me preguntaba qué había sucedido con el pensamiento universal.

Nos ha invadido la competitividad, dijo un dragón. Hay que preparar a los chicos para el mundo que se viene, tendrán que competir con robots.

Si, eso dijo el rector, pero habría que preguntarse porque diseñar o defender un mundo más difícil... los robots son un invento humano, para qué hacerlo si nos van a complicar la vida?

Se complicará la vida de unos, y mejorará la de otros...esa es la constante social.

Si, pero se suponía que la universidad se rebelaba contra eso...

Eso fue antes, dijo el dragón, antes que se impusieran la comodidad y el consumo.

Esta noche, antes de acostarme no me olvidaré de tomarme un buen vaso de vino.

Lo que no contó Walt Disney

El final de la familia de los Patos.

Donald murió joven, producto de sus rabietas, tuvo un infarto.

Margarita vivió un tiempo con Gastón, luego lo dejó, no pudo soportar sus perfumes.

El Tío Patilludo vive aún, tiene 104 años, reside en un geriátrico de California. Dicen que perdió toda su fortuna cuando una fuerte tormenta inundó su sótano.

Huguito, cuando las tiras no dieron para más, tomó un curso de mecánico dental y se instaló en Nuevo México.

Dieguito padeció varias frustraciones en sus intentos artísticos, dicen que a veces lo ven por los barrios bajos de New York, alcoholizado o drogado.

Luisito se dedicó un tiempo a la música. Conoció una joven y bella cantante y se fueron a vivir a Barcelona. Allá recrearon una obra musical que titularon Los Tres Patitos, tuvo éxito inicial, luego decayó. Ahora tienen una librería.

Como pueden ver, la vida de los famosos también termina, simplemente termina.

La simpleza del nido

Veo mansiones. Casas amplias y hermosas. Con patios y jardines. Flores multicolores. Césped bien cortado. Arboles bien seleccionados. Piscinas azules, transparentes. Veo

hogares opulentos en invierno. Galerías cerradas, abrigadas, para pasar la tarde con amigos.

Veo gente trabajando a destajo para mantener esas casas soñadas.

Veo que la propia vida se les va en ese destino.

Veo a los horneros construyendo el mismo nido de siempre. Con barro y paja. Suficiente y práctico. Todos los años hacen uno nuevo para empollar. Posiblemente para evitar enfermedades residuales. Dedicán tan solo dos meses del año a construirlo. El resto del tiempo los veo paseando por mi patio. Buscando insectos apetecibles. O subidos a una rama para lanzar su canto al viento.

¿Cuál será el secreto de la vida? Me pregunto.

Lo Bello y lo simple

A veces se parecen. Pero no siempre.

Conozco gente que ha dedicado enormes recursos a lograr su “rincón bello”, para vivir lo que le quede de vida.

Bellas casas ubicadas en lugares también bellos.

Ventanas con paisajes si no exclusivos, poco compartidos.

Salas distribuidas con buen gusto. Paredes con impecables cuadros o adornos exquisitos. Galerías externas amplias diseñadas para el confort y el relax.

En fin, mansiones pequeñas o grandes, refinadas, para definir las de algún modo.

Quizá demasiado grandes ya a esa altura de la vida.

Requieren de mucho cuidado permanente y de mantenimiento eficaz, incluidos sus jardines prolijos, diseñados por expertos.

Otros, quizá acordes con nuestras posibilidades económicas o con una auténtica mimetización intelectual (eso nunca se sabe), hemos optado por lo simple.

Algo parecido a una cabaña en la que se respire libertad, cierta comodidad y poca necesidad de cuidado y mantenimiento. Dejando que la naturaleza invada espacios mediante plantas silvestres que nacen donde y cuando quieren y aves autóctonas que gustan de volar a través de la galería taller-cocina-comedor (y algunas cosas más).

Dos formas de pensar y de vivir. O tal vez a la inversa: dos formas de vivir y de pensar.

Miraba hace un rato la foto de una hermosa casa blanca, situada en alguna bella costa marítima, convertida de casa vacacional en refugio permanente de algún retirado del bullicio, finamente adornada por elegidas pequeñas obras de arte bien combinadas. Pisos limpios y pulcros. Muebles acordes posiblemente seleccionados por algún arquitecto amigo, y pensaba: esa casa, será la soñada por sus habitantes o por el arquitecto asesor? También me preguntaba: si los habitantes son más de uno, por ejemplo dos, tendrán el mismo placer por y en esa casa?

Alguna vez pude quizá haber soñado con tener una casa así.

Luego, la escuela de la vida me fue educando en la simpleza de lo breve.

En la libertad de que no te incomoden demasiado las arenas que invaden tus pisos y las aves que cruzan por dentro de tu galería íntima.

Galería que poco a poco se va convirtiendo en el lugar de vida, donde suceden casi todas las cosas a medida que el clima la convierte en confortable.

Con algo de desorden, como debió ser la casa de Hemingway en las costas cubanas, dónde el célebre imaginaba sus fantasías o reconstruía sus historias vividas.

Sin la cuota de ron o whisky que impone la magnitud del Caribe, reemplazado aquí por el mate siempre cercano que recomienda el Anisacate.

Con un toque de poleo, dice mi amigo.

Mientras leo a Hemingway.

Los nuevos esclavos

Los viejos esclavos eran víctimas de la inmovilidad. De la rutina. Del futuro sin horizontes. Tuvieron que aprender a disfrutar de cosas fugaces. Alguna comida. Un aire fresco. Una noche de fogata y canto en la barraca.

El amanecer sonaba a trabajo. A inicio de jornada dura. Pasaban el día esperando a que anoheciera, allí disfrutaban de amores y de un pequeño tramo de libertad. Quizá, un trago de aguardiente para alimentar el odio reprimido o la resignación infame.

Los nuevos esclavos somos víctimas del movimiento y del consumo. No sabemos ya disfrutar de rutinas. Exigimos cambios. Cambios de rutas y de destinos. No importa si fue hermosa la playa que visitamos el año pasado. Este año iremos a otra.

- Sí, él me gusta y es bueno, pero me cansa ver siempre la misma cara.
- ¿Y que vas a hacer? ¿Separarte?
- No sé, pero algo debe cambiar. (Mira lo que te he comprado, me dijo, creo que me quedaré un tiempito más... es cariñoso).
- ¿Cariñoso? Solo te hizo un regalo.
- Sí, pero me copan los regalos.
- Yo, en cambio, necesito viajar.
- ¿No te gusta comprar?
- Sí, me gusta, pero prefiero viajar. Me emocionan los aeropuertos. Quiero hacer un crucero.
- Un crucero? A dónde?.
- No importa, a cualquier lado, simplemente subir al barco y que te lleve a sitios desconocidos.

- ¿Como te fue en tu viaje?
- Excelente, tomé más de ochocientas fotos e hice varios videos. Si quieres, te vienes una de estas noches, tomamos algo y te las muestro.
- No gracias, me embola mirar fotos.
- Te dije que también hice videos.
- También me embolan.

- ¿Qué te pasa? ¿Envejeciste de golpe?
- ¿A vos te parece divertido ver imágenes que viviste hace algunos días?
- Bueno, es una forma de revivirlas.
- Dime, ¿todavía guardas la foto de aquella novia que te dejó calentito?
- No, la tuve que quemar, la vio mi mujer y la odiaba.
- Lástima. Era una buena foto.

- Juancito, ¿puedes venir un momento? -
- No puedo Ma, estoy chateando.
- Bueno, pero apúrate, necesito que me hagas un favor.
- Ufa, Ma, sabes que estoy ocupado.
- ¿Ocupado? ¿Acaso estás estudiando?
- No, ya te dije, chateando.
- ¿Qué te parece si esta tarde vamos al parque, a tomar un poco de aire?.
- No puedo, Ma, tengo una competencia de play.
- Esta noche iremos a cenar a la casa de los Fernandez, sabes que a ellos les molesta que los celulares dominen la escena.
- Mira, Ma, yo no tengo ganas de ir, me embolan los Fernandez, son anticuados. ¿Y qué harás? Veré una peli en la compu.

En lo más profundo del hormiguero transcurría la asamblea.

La hormiga líder dijo: Compañeros y compañeras, frente a la inevitable evolución, debemos observar bien lo que les sucede a los humanos, debemos evitar tomar por ese camino que ellos eligieron.

Consejos

- Papá, qué se debe hacer en la vida para ganar dinero?
- Formarse, tener equilibrio, saber qué lugar debes ocupar...
- Y luego?
- Conocer a los que te rodean ya los que se oponen a tu acción...
- Y después?
- Entenderte con los tuyos y evitar a los opuestos...
- Y al final?
- Apuntar bien al arco y meterla.

El día que conocí al Corto Maltés

Fue en el puerto de Buenos Aires. Yo tenía 5 años. Mi padre me llevaba al puerto a comer sandías y melones que llegaban en barcasas por el río. No sé de donde provenían. Pero allí, en el puerto ponían una mesa larga y allí te servían sandía y melón, en tajadas.

Imposible comerlas sin ensuciarse. También podías comprar piezas enteras para llevar a tu casa. Un recuerdo imborrable del comienzo de la infancia.

En la punta de la mesa, comiendo un melón, con bastante prolijidad, vi a un elegante marino. Me acerqué y le pregunté:

- ¿Ud. es marineró?
- Algo así – me dijo sonriente - me llamo Corto, Corto Maltés
- ¿Y de dónde viene?
- De muchos lugares, me gustan las aventuras.
- ¿Tiene barco?
- Sí, aquel que puedes ver, detrás del buque oxidado.
- Es muy lindo... ¿y que hace aquí?
- Visito a mi padre... bueno...sí, mi padre, el que me dio la vida..
- ¿Cómo se llama su papá?
- Hugo Pratt, es dibujante, italiano, pero ahora trabaja aquí.
- ¿Y luego que hará? ¿Hacia adónde irá?
- Creo que tendré que recorrer la costa del Brasil, en Bahía debo visitar a una amiga, Boca Dorada, bueno, además de amiga suele anticipar mi futuro...aunque no siempre me lo diga. Luego debo ir al Caribe. Me gustan los cielos del Caribe.
- ¿Y tienes otros amigos?
- Casi siempre ando solo...mis amigos son circunstanciales, surgen en cada aventura...solo hay uno permanente, pero nunca sabemos si somos amigos o enemigos, se llama Rasputín, es mi contracara en algunos aspectos...pero creo que en el fondo nos queremos...además nos necesitamos, para hacer posible muchas aventuras, eso es lo importante... y ahora te dejo, me espera mi padre...

Y se fue caminando por el puerto, sonriente, elegante, con su chaqueta marinera impecable, su gorra de marino, y su infaltable anillo en la oreja.